

primeros días de marzo fueron para el ministerio Ollivier el período de su mayor actividad: elaborábanse toda clase de reformas sobre elecciones, sobre legislación industrial, sobre acumulación de grandes sueldos, sobre Argelia, sobre el régimen de imprenta; la Comisión de descentralización comenzaba sus estudios; la de enseñanza se constituía, los diputados rivalizaban en celo con los ministros y eran innumerables los proyectos debidos á la iniciativa parlamentaria. Desde 1789 no se había visto entusiasmo semejante. El peligro principal estaba en que de la superabundancia de los propósitos naciera la confusión. Prevost-Paradol, queriendo definir la obra que se intentaba entonces, la caracterizaba en los siguientes términos: «Es la refundición en el sentido de la libertad de todas las instituciones francesas, tales como las establecieron la Revolución, el Consulado y el Imperio.»

Tristeza causa el encontrar hoy en día en las colecciones oficiales los restos de todos aquellos trabajos acometidos en medio de las mayores esperanzas. Es obra de justicia mencionarlos; pero ¿á qué conduciría insistir sobre ellos? Todos ó casi todos habían de quedarse en estado de bosquejo, y el imperio estaba ya condenado á no tener más que comienzos de ideas. En cambio, nunca se encomiará bastante, aun á riesgo de incurrir en repeticiones, el acuerdo conmovedor que hizo que en aquel entonces toda la gente de bien se pusiera al servicio del país. Hubo en la Cámara un momento, muy fugaz por desgracia, en que la derecha olvidó sus resentimientos y los individuos más moderados de la izquierda parecieron dispuestos á la conciliación: un día, era el 22 de febrero, en un voto de confianza provocado por una interpelación de Julio Favre, la oposición se encontró reducida á diez y ocho votos.

Hasta en el lenguaje de los más resueltos enemigos del imperio pueden percibirse en aquella época curiosas confesiones y cierta tendencia á suavizar su hostilidad.

Varias veces en el curso del presente libro hemos tenido ocasión de citar al Sr. Doudán, el hombre que tal vez ha analizado mejor día por día los actos del reinado y que ha sido su censor más perspicaz y más implacable; pues bien, en aquel mes de febrero su correspondencia se dulcifica y se aventura, cosa inaudita, á formular un elogio: «El ministerio, escribe, está realmente animado de las mejores intenciones, es de una honradez intachable y obra con una prudencia no exenta de osadía.» También se suavizan los juicios sobre el soberano, aunque sin dejar de ir acompañados de epigramas. «Creo que el emperador está decidido á representar el papel de un Augusto constitucional; indudablemente está cansado del ejercicio de una voluntad sin fiscalización que no ha realizado milagros ni mucho menos, y el cariño que profesa á su hijo le impulsa á moderar la acción de su gobierno para asegurar la duración del mismo... Quizás ha sido más novelesco que perverso y con los años puede hastiarse de las novelas políticas y volver á los caminos rectos del sentido común.» Pero, en realidad de verdad, ese profundo observador de las cosas se rectifica casi en seguida: con esa segunda vista de los meditabundos y de los solitarios, vislumbra lo que nadie discierne todavía, y se espanta, como él mismo dice, de tantas corrientes que empujan hacia los escollos; y en la misma página escribe estas palabras de una gravedad profética: «Generalmente la Providencia no permite que se desaten dificultades tan complicadas, y entra en sus costumbres cortar los nudos con golpes imprevistos.»

## LIBRO TRIGÉSIMOSÉPTIMO

### EL CONCILIO

- SUMARIO: I.—Preocupación que, aparte de la política, se impone al nuevo gobierno.—EL CONCILIO: tristezas y grandezas del pontificado de Pío IX: cómo nace y se desarrolla el propósito de un concilio ecuménico: bula de indicción (29 de junio de 1868).—La sociedad civil y disposiciones que en ella dominan.—La sociedad religiosa: los católicos liberales y sus adversarios.
- II.—La cuestión de la infalibilidad pontificia. Cómo esta cuestión de orden puramente teológico es entregada á las discusiones públicas: dos motivos que impulsan á los fieles á fortalecer la autoridad papal.—Diversos incidentes: el Padre Jacinto; cómo se separa de la Iglesia romana.—Polémicas entre católicos.
- III.—Apertura del concilio (8 de diciembre de 1869).—Primeros esfuerzos para apresurar la definición de la infalibilidad.—Los obispos de la minoría; sus perplejidades y sus alarmas.
- IV.—El imperio y el concilio: conducta del gobierno durante el año 1869: entrada del Sr. conde Daru en el ministerio: sus opiniones; sus primeras declaraciones y sus primeros despachos: cómo la publicación del *Schema de ecclesia* aviva sus alarmas: dos corrientes en el ministerio: la abstención y la ingerencia: cuál es el carácter respetuoso de esta ingerencia.—Despacho del 20 de febrero.—Muerte del Sr. de Montalembert.—Motivos que tranquilizan á la Curia romana; respuesta del cardenal Antonelli (19 de marzo).—Memorándum del Sr. conde Daru (6 de abril).—Cómo el partido de la abstención prevalece sobre el de la ingerencia.
- V.—Continuación de los trabajos del concilio.—Cómo se proclama la infalibilidad pontificia: prórroga del concilio.

#### I

No hay ministro que al entrar en el desempeño de sus funciones no encuentre en la herencia de sus predecesores alguna cuestión importante iniciada y no tenga la obligación, más ó menos urgente, de proveer á ella. Aparte de la política general, un asunto importantísimo solicitaba la atención de Emilio Ollivier y de sus colegas: en Roma acababa de reunirse un *concilio ecuménico*; ahora bien, ¿qué conducta adoptaría el gobierno respecto de aquella asamblea: ingerencia celosa, respetuosa vigilancia, ó abstención sistemática?

No se comprenderían bien los debates apasionados á que dió lugar el Concilio así en la sociedad laica como en la eclesiástica, si no se puntualizase bien cuál era el estado de las almas en el momento en que se reunió la augusta asamblea. Durante su largo pontificado, Pío IX había conocido todos los extremos, el de la felicidad lo mismo que el de la desgracia: había visto á sus súbditos adherirse á él en amorosos transportes, situar luego su palacio, asesinar á su ministro y obligarle á él á ir al destierro; Italia le había saludado como el iniciador de sus libertades, y poco después, por virtud de un cambio brusco, habíale puesto en el trance de pedir un apoyo á las potencias; y él mismo, bajo la impresión de los acontecimientos, se había reprochado sus generosas audacias, y conturbado por el sentido que el mundo daba á sus palabras, habíase alejado de su pasado, como nos alejamos de un error, de un pecado casi. Los años siguientes habían colmado las desventuras del pontífice y sus enemigos ya descontaban el rincón de tierra que la espada de Francia todavía amparaba.

Sucesivamente aclamado y amenazado como prínci-

pe, Pío IX había sufrido, como soberano espiritual, las mismas alternativas de padecimientos y de consuelos: durante su pontificado habíase completado la obra de secularización que, comenzada en Francia en la época revolucionaria, se había luego extendido por todo el universo; religiones de Estado, inmunidades eclesiásticas, bienes de manos muertas, todo desaparecía, y la violencia acababa de destruir lo que se obstinaba en vivir todavía; y como si el viejo y el nuevo mundo se hubiesen sentido movidos por la emulación, al mismo tiempo que México expulsaba sus frailes Italia cerraba sus conventos. La Iglesia, víctima de la revolución, lo era también del poder absoluto, y hasta la Santa Sede llegaba un prolongado grito de angustia, el de Polonia perseguida por su fe. Entretanto, las tesis impunemente expuestas en los libros, los principios diariamente proclamados en la prensa y el desarrollo de las asociaciones antirreligiosas, eran motivo constante de sorpresa y de aflicción para el padre común de los fieles, el cual no comprendía una tolerancia que juzgaba perniciosa para las almas y consideraba insoportable libertinaje lo que era contienda de opiniones difícil de prevenir ó de moderar en un régimen libre. De cuando en cuando dejaba el papa desbordar sus amarguras en cartas ó alocuciones á la vez vehementes y desoladas; pero sus palabras, objeto de burla de parte de los incrédulos, parecían á muchos de los mismos creyentes torpes ó excesivas, ¡tantos equívocos había creado y perpetuaba la diferencia de medios ambientes! Estos eran los sufrimientos del pontífice; pero ¡cuán grandes esperanzas no se ofrecían al lado de estas tristezas! La Iglesia, duramente combatida allí mismo en donde más había dominado, reparaba sus pérdidas con sus conquistas: de Inglaterra llegaban noticias de ruidosas conversiones á

la fe ortodoxa, siendo muchos también los que después de haber adurado uno por uno de todos los errores de la herejía, sólo vacilaban en dar el paso final que había de completar el exodo; de un extremo á otro de la América anglo-sajona multiplicábanse los adeptos, sin contar más que con ellos mismos para edificar el templo en donde practicar el culto é inclinándose ante la Primacía romana, y con la aproximación de los continentes debida á los grandes servicios marítimos y á los caminos trazados al través de los desiertos, las primeras extensiones de dominación habían sido las de la Iglesia. Pío IX tenía sus días venturosos: eran aquellos en que recibía á los vicarios apostólicos, santos sacerdotes que, en lenguaje á menudo inculto, pero esmaltado de reflejos divinos, narraban sus trabajos, sus luchas y sus sufrimientos y trataban luego de describir los ensanchados dominios de la fe, conquista pacífica en la que la única sangre derramada era la de los apóstoles. ¿Qué significaban las defecciones de la vieja Europa al lado de esas abundantes cosechas de almas? En la misma vieja Europa imperaba un estado de alma que merece ser descrito. Las creencias dogmáticas eran objeto de ataques más radicales, y, por otra parte, un gran número de cristianos se habían ido penetrando poco á poco, y como á pesar suyo, de máximas un tanto equívocas; en cambio los que permanecían completamente fieles lo eran con más entusiasmo y, por decirlo así, con mayor violencia. Galicanismo, jansenismo, todos esos sistemas políticos ó filosóficos que Roma odiaba ó condenaba, descendían á la categoría de opiniones pasadas de moda; y sobre las ruinas de estas escuelas habíase formado otra que, no contenta con los preceptos de la obediencia obligatoria, no pedía más que un favor, el de estar aún más sometida. Otro signo caracterizaba esa segunda mitad del siglo: mientras el mundo científico se atenía á la observación de los hechos positivos y fuera de éstos no admitía nada, ciertas almas se consumían en un gran deseo, el de ampliar en vez de restringir los dominios de lo sobrenatural; la devoción tomaba un carácter más tierno; la fe se afirmaba con manifestaciones externas más solemnes; comenzaba á hablarse de nuevos santuarios en los que el poder divino se revelaba por medio de prodigios; y un celo ardiente volvía á poner en uso prácticas hacía tiempo olvidadas é impulsaba á las muchedumbres hacia los lugares de peregrinación. Más que en ninguna otra época dos corrientes atraían á la sociedad en sentido contrario: la de los que negaban con perentoria seguridad todo lo que sus ojos no veían, y la de los que cada vez más se dejaban arrastrar hacia el mundo invisible y á veces hasta caían en los excesos del misticismo.

En aquella mezcla de temor y de esperanza, el alma excelente de Pío IX ora se exaltaba de alegría, ora se sentía desgarrada por el dolor. Sin embargo, hacíase necesario acabar con esta confusión, separar el bien del mal y agrupar en una vasta síntesis el conjunto de las verdades eternas. Pero ¿cuánto más imponente y más sagrada no sería aquella proclamación de los derechos de Dios si el Sumo Pontífice llamaba á su lado al episcopado del mundo entero! De estas ideas nació el propósito de convocar un concilio ecuménico.

Desde fines de 1864, á raíz de una sesión de la Congregación de Ritos, Pío IX habló muy en secreto de

su deseo con algunos cardenales (1), y algunos meses después confió á una comisión preparatoria el cuidado de deliberar sobre asunto tan magno y luego oyó en la forma más confidencial la opinión de varios obispos latinos (2). En 1866, la guerra entre Prusia y Austria dejó en suspenso el proyecto; pero habiendo acudido á Roma en junio de 1867 cerca de quinientos obispos con motivo de las fiestas del centenario de San Pedro, divulgóse lo que hasta entonces se había meditado en la sombra y el 26 de junio una alocución pronunciada en consistorio público notificó á la Iglesia y al mundo la resolución del Padre Santo.

Los obispos respondieron á la iniciativa del papa con un mensaje lleno de efusión; mas, á pesar de estos testimonios de adhesión, abrigábanse algunas dudas: el cardenal Antonelli temía la mala voluntad ó la intervención de las potencias, y ciertos diplomáticos abrigaban el temor de que los debates del concilio hicieran estallar la oposición entre la sociedad civil y la religiosa, que desde hacía un siglo seguían caminos opuestos, y de que fuera difícil poner de acuerdo á los obispos del mundo entero, de razas, educación política y costumbres tan distintas, corriéndose, por consiguiente, el riesgo de provocar divergencias al querer consolidar la unión (3). Entre los mismos familiares del papa formulábanse algunas objeciones: muchos prelados y muchos miembros del Sacro Colegio mostrábanse más inquietos que regocijados por la perspectiva de ver reunidos en Roma tantos obispos extranjeros, y en su concepto las grandes deliberaciones que se anunciaban tenían cierto aspecto de parlamentarismo que les desagradaba en extremo. «¿Qué necesidad hay de un concilio?», decían. Tenemos el papa y con esto nos basta para nuestra guía (4).

Apoyado por el asentimiento general del episcopado, Pío IX prescindió de aquellos consejos, y aunque no negaba las dificultades ni siquiera los peligros, contaba, según su costumbre, con el auxilio divino: «Me siento impulsado, decía, á convocar ese gran sínodo (5).» Y en 29 de junio de 1868 publicó la bula de indicción que fijaba la fecha de inauguración del concilio para el 8 de diciembre de 1869.

La bula estaba concebida en términos tan generales que era imposible deducir de ella cuál sería el orden del día de la asamblea: trazaba un programa tan amplio como magnífico que abarcaba todas las cuestiones sin designar particularmente ninguna; pero aun en esta forma algo vaga no podía menos de impresionar hondamente los espíritus, y en efecto causó gran emoción así en el mundo político que se preocupaba sobre todo de los derechos del Estado, como en el mundo intelectual que se interesaba principalmente por las ideas.

Lo que impresionó de un modo especial á los políticos fué lo siguiente. La bula les pareció notable más por lo que callaba que por lo que contenía. Además hasta entonces los promotores de los concilios habían

(1) Ceconi, *Storia del Concilio ecumenico vaticano*, tomo I, páginas 3-4.

(2) Ceconi, págs. 38 y siguientes.

(3) Manning, *Histoire du Concile*, págs. 31-32.—Lagrangé, *Vie de Mgr. Dupanloup*, tomo III, pág. 55.

(4) Lagrangé, *Vie de Mgr. Dupanloup*, tomo III, pág. 55.

(5) Baunard, *Vie du cardinal Pie*, tomo II, pág. 382.

invitado á los jefes de Estado para que se hicieran representar en ellos, y los príncipes habían concurrido por medio de sus embajadores, quienes agrupaban en torno suyo á los obispos de su país, recibían comunicación de los documentos, expresaban los deseos ó las quejas de sus soberanos y, en una palabra, desempeñaban una especie de papel mixto, siendo á la vez vigilantes y protectores: tal era el espectáculo que había ofrecido el Concilio de Trento. Pío IX rompía con esta tradición: en el documento pontificio no se dirigía invitación alguna al poder civil y únicamente se expresaba el deseo de que la autoridad secular, lejos de poner obstáculos á la acción de la Iglesia, se complaciera en favorecerla. Esta omisión no era fortuita; al contrario, la innovación se había adoptado después de grandes vacilaciones: primeramente el Sacro Colegio opinó en pro del mantenimiento de los antiguos usos, y en este sentido se había expresado el cardenal Antonelli en una conversación con el Sr. de Sartiges, y aun se asegura que el papa se ocupó en señalar el sitio que los embajadores habrían de ocupar en la santa asamblea; pero, luego de bien meditado el asunto, prevaleció la opinión contraria y se adoptó la resolución de abstenerse ó, cuando menos, de esperar que los soberanos manifestaran el deseo de estar representados. ¿Habíase creído, en resumidas cuentas, que la fiscalización de los príncipes sería más molesta que útil su protección? ¿Habíase persuadido la Curia romana de que, dado el cambio radical que desde el siglo XVI habían experimentado la sociedad civil y la eclesiástica, sería un tanto pueril buscar ejemplos en el pasado? Lo más probable es que las dificultades que entrañaba el convocar á ciertos soberanos determinara la decisión de abstenerse respecto de todos. ¿Podría admitirse decentemente en el concilio al embajador de Víctor Manuel, ese expoliador de los Estados pontificios, ó al representante de Juárez, el matador de Maximiliano?

Los legistas, imbuídos en las teorías galicanas (todavía quedaban en el Senado algunos representantes de esta opinión moribunda), necesariamente habían de ver con disgusto é irritación esa preterición del poder secular; y en opuesto sentido, la joven escuela que tendía á separar la Iglesia del Estado no dejaría de fundarse en el acto pontificio para invitar á los gobiernos á que en lo sucesivo no reconociesen á aquellos que al parecer tomaban la iniciativa de la escisión. En 10 de julio de 1868, Emilio Ollivier se hizo intérprete de esta doctrina en el Cuerpo legislativo, y exagerando el sentido de la reciente bula, manifestó que el mismo papa acababa de separar implícitamente la sociedad civil de la sociedad religiosa y que «el suceso era uno de los más graves acaecidos desde 1789.» En términos excelentes (porque era uno de los pocos hombres para quienes la separación de la Iglesia y el Estado representaba una fórmula sincera) exhortó á los ministros del emperador á que dejaran anunciar libremente el Concilio, á que libremente dejaran partir á los obispos, á que evitaran todo lo que los católicos pudieran considerar como mala voluntad y, sobre todo, como vejación; y terminó su discurso con estas palabras: «Os han dejado fuera del Concilio; pues bien, quedaos fuera; no contraigáis responsabilidad; no llaméis á una puerta que no os abren.»

Lo más importante era descubrir el modo de pensar

del emperador. Por su espíritu amplio, por su costumbre de tolerancia y por su deseo de paz, ningún soberano respetaba más que Napoleón III la libertad religiosa. Sin embargo, los acontecimientos del reinado habían alterado un tanto estas disposiciones benévolas: las complicaciones italianas habían motivado en más de una ocasión ardientes discusiones entre el imperio y el clero; la publicación del *Syllabus* había desagradado en extremo al monarca, que había visto la condenación de sus propias máximas en los principios condenados por la Curia romana; y aun cuando los obispos (y en particular el cardenal de Bonnechose, á quien estimaba en mucho) habían tratado de hacerle comprender la diferencia entre la teoría y la práctica, entre la *tesis* y la *hipótesis*, estas distinciones le habían satisfecho muy poco, y como era la inteligencia menos teológica del mundo, habíase convencido de que la sociedad laica y la Iglesia estaban separadas por un abismo infranqueable. Por último, varios disgustos de poca monta habían dejado una impresión penosa en el ánimo del soberano; como ejemplo de ellos podemos citar el que le habían causado las respuestas dilatorias que Roma daba á su insistente petición para que se otorgara el capelo cardenalicio á monseñor Darboy.

En estas circunstancias supo Napoleón la resolución del Padre Santo, y su conducta se resintió del espíritu de equidad que constituía el fondo de su carácter, como de la reserva algo desconfiada que habían engendrado en él los incidentes de la política. Dos veces expuso en el Cuerpo legislativo su criterio en el asunto del Concilio por conducto del Sr. Baroche, en aquella sazón ministro de Cultos, en 10 de julio de 1868 y en 9 de abril de 1869. Habíase preguntado al gobierno si se concederían á los obispos todas las facilidades para dirigirse á Roma, y si no se consideraría oportuno llamar á los prelados antes de su partida á fin de recordarles sus deberes para con la sociedad civil. El ministro se expresó muy terminantemente sobre ambas preguntas: dijo que no se opondría dificultad alguna al viaje de los Padres del Concilio y que el gobierno se abstendría en absoluto de formular instrucciones oficiales, pues no ponía en duda el patriotismo del episcopado y tenía empeño en evitar todo lo que pudiera parecer ingerencia ó presión. Hasta aquí lo que significaba confianza benévola; pero veamos ahora dónde estaba la huella de sentimientos algo menos favorables: «En cuanto al fondo de las cosas, dijo en substancia el Sr. Baroche, nos reservamos nuestra libertad de acción; y en lo que concierne á las relaciones entre la potestad religiosa y la civil, tenemos en las leyes armas bastantes.» Y añadía: «Después del concilio se planteará una cuestión importante, la de saber si deberemos admitir en totalidad ó en parte las decisiones de esa gran asamblea.»

Mientras en tales pensamientos se ocupaban los políticos, empezaban á notarse, no sólo en la sociedad cristiana, sino también en todos los que se interesaban por los problemas religiosos, visibles síntomas de agitación. ¿Cuál sería el programa del concilio y en qué espíritu estaría inspirado? Dos partidos muy diferentes esforzábanse ya de antemano por atraerlo á sus miras respectivas. Conocemos estos partidos (1): unos querían aso-

(1) Véase libro XI de esta *Historia del Segundo Imperio*.

ciar las ideas religiosas á las ideas de libertad, figurando al frente de ellos los señores de Montalembert, de Falloux, Monseñor Dupanloup, el príncipe Alberto de Broglie, el Sr. Cochin, y con ellos los redactores del *Correspondant* y del *Français* y los oradores del Congreso de Malinas; los otros, capitaneados por Luis Veuillot, los redactores del *Univers* (1) y la mayoría del clero, rechazaban las doctrinas liberales, como se rechaza un error, casi una herejía. La adhesión á la fe católica era igual por ambas partes, gracias á lo cual la desavenencia no había de convertirse, á lo menos en nuestro país, en violenta separación. Pero dos conceptos tan distintos de las necesidades de la Iglesia debían inspirar dos lenguajes muy contrarios: en unos imperaba el deseo ardiente de tratar con ciertos miramientos las debilidades de la sociedad contemporánea; en otros prevealecía la resolución de mantener la doctrina en toda su rigidez y de consolidar sus cimientos como se fortifica una plaza contra los ataques inminentes del enemigo. El Sr. de Montalembert, Monseñor Dupanloup y sus amigos, puestos los ojos en los hermanos separados, es decir, en los protestantes y en los racionalistas, deseaban que el concilio, en vez de hacer más pesado el yugo de la fe, que ya lo era demasiado para muchos, se abstuviese de todo lo que pareciera reto á las doctrinas en boga ó ampliación del dominio sobrenatural; sus adversarios rechazaban estas prudencias puramente humanas: «Temed, decían, comprometer la unidad á fuerza de perseguir la unión.» Los liberales soñaban con una asamblea toda de paz y caridad que se dedicara especialmente á desarrollar las obras de beneficencia, á propagar los principios de solidaridad cristiana, á acomodar á las necesidades de la época los maravillosos recursos de la Iglesia; en el opuesto campo no se negaban las ventajas de este programa, pero se hacía observar que un concilio ecuménico no es un congreso, y que tiene por objeto hacer que brillen de nuevo las verdades inmutables sin cesar oscurecidas por las tinieblas humanas, no propagar simples consejos ó formular opiniones.

## II

La lucha había comenzado, aunque no muy viva ni muy acerada todavía, cuando la *Civiltà cattolica*, periódico que se publicaba en Roma y recibía las inspiraciones del Sumo Pontífice, publicó en 6 de febrero de 1869 la lista de las futuras deliberaciones conciliares, diciendo que los debates serían seguramente muy cortos, que la mayoría de las votaciones se realizarían por aclamación, que la asamblea afirmaría los principios del *Syllabus*, que proclamaría como verdad revelada la Asunción de la Santa Virgen, y finalmente (y este sería el objeto capital de sus trabajos), que definiría y elevaría al estado de dogma la doctrina de la *infallibilidad pontificia*.

La información de la *Civiltà* fué copiada por la prensa religiosa y especialmente por el *Univers* (2), y propagada muy pronto por los demás periódicos. En realidad de verdad, la principal cuestión suscitada por el

(1) *L'Univers*, suprimido en 1860, había reaparecido en 1867.

(2) Véase *L'Univers* de 13 de febrero de 1869.

diario romano, ó sea la de la infalibilidad pontificia, era puramente teológica. Que el papa, unido á los representantes de la Iglesia universal, era infalible en materia de fe y de moral, ningún católico podía discutirlo sin incurrir en herejía; pero la mayoría de los doctores y escritores eclesiásticos iban más allá en la interpretación de los textos evangélicos, y fundándose en las palabras de Jesucristo á Pedro, sostenían que el papa, aun aislado del episcopado, gozaba del privilegio de la infalibilidad cuando hablando solemnemente á los fieles de cualquiera nación fijaba el dogma ó la moral. Esta creencia, bastante general, ¿había de ponerse por encima de todas las controversias y de ser definida como verdad revelada? Tal era la cuestión que la *Civiltà* exhortaba al concilio que resolviera por aclamación.

Esta cuestión, por grave que fuese, parecía, por los términos mismos en que estaba planteada, fuera de la competencia de la sociedad laica; de modo que, según todas las probabilidades, la controversia, en caso de que la hubiera, no había de traspasar, al parecer, los límites de las escuelas eclesiásticas; y, sin embargo, lejos de ser así, el terreno menos apropiado para la lucha había de transformarse en palenque, y los ánimos, dejando á un lado todo lo demás, habían de enardecerse por la más abstracta y ardua de las discusiones teológicas como se hubieran enardecido por una discusión política.

Veamos por qué rodeo la sociedad civil se inmiscuyó en un debate que por su naturaleza era completamente ajeno á ella. A la cuestión doctrinal de la infalibilidad iba unida una cuestión subsidiaria, á saber, si aun estando esta infalibilidad conforme con la tradición de la Iglesia, eran las circunstancias favorables para una definición dogmática. Examinado desde este punto de vista, el problema se ofrecía con elementos complejos y su solución podía verse influida no sólo por los argumentos teológicos, sino además por toda clase de consideraciones políticas y sociales. De aquí que muchos que se hubieran considerado incompetentes para tratar de materias dogmáticas se juzgaron en seguida muy competentes para apreciar una cuestión de oportunidad, y á esta solución se inclinaron los católicos liberales, los católicos autoritarios y muchos otros que no eran católicos.

Sucedió, pues, que algunos meses antes de que el concilio se inaugurara quedó discutido en los libros, en los periódicos y en las conversaciones públicas y privadas todo lo que debía debatirse en la asamblea de los obispos; teología, filosofía, historia, política, sociología, todo apareció mezclado con más estrépito que claridad, como acontece en todas las discusiones apasionadas, y ambos bandos ampliaron y aun desnaturalizaron el objeto de la controversia hasta el punto de englobar en ésta todo cuanto tenían empeño en combatir ó en afirmar.

Los liberales hacían observar que la Iglesia es una monarquía no absoluta, sino templada por una aristocracia, y que esta aristocracia está representada por los obispos, y recordaban que si el papa era el sucesor de Pedro, los obispos son los sucesores de los apóstoles, añadiendo los más osados que proclamar la infalibilidad separada era inclinar el papado hacia el absolutismo y substituir á las antiguas costumbres costumbres

nuevas. A estas consideraciones agregábase un argumento muy á propósito para conmover el corazón de Pío IX: cuando el Padre Santo habla multiplicado sus cariñosos llamamientos á la Iglesias orientales y á las comuniones protestantes de Occidente, ¿no sería hacer aún más honda la separación añadir una nueva causa de divergencia á las que ya existían? Manifestábase también el temor de que nuevas definiciones motivaran algunas nuevas rebeldías, y este temor se refería especialmente á Alemania, ese país de obstinada disputa y en donde habían nacido en otro tiempo tan formidables herejías. Se formulaba asimismo la objeción siguiente: si la proclamación de la infalibilidad ocupaba el primer puesto en los trabajos de la futura asamblea, ¿no parecería á los ojos del mundo que el papa, al convocar á los obispos, quería únicamente consagrar el aumento de su propio poder? ¿Cuánto mejor no era substituir este programa restringido con un programa más amplio! De este modo el concilio, en vez de chocar con la sociedad moderna, se acercaría á ella en un gran impulso de caridad y de amor, y de esta suerte se realizaría una unión fecunda en la que se fundirían todos los hombres de buena voluntad.

Así hablaban Montalembert y sus amigos, y al razonar de este modo se encontraban con aliados que no esperaban, tales como los últimos partidarios del galicanismo, antiguos adversarios convertidos en aprobadores. A estos concursos un tanto sospechosos se añadía, bajo una forma más ó menos velada, la adhesión de muchos prelados franceses que si bien no tenían, en verdad, gran confianza en la reconciliación de la Iglesia y de la sociedad moderna, mostrábase inclinados por varios motivos á refrenar á la Curia romana. Temían despertar los prejuicios de la sociedad civil y excitar las suspicacias de los gobiernos, y decían que si ya el *Syllabus* había dado lugar á muchas interpretaciones malévolas, de persistir en el mismo camino, la desconfianza se troearía en hostilidad. Otros se alarmaban por el poder temporal del papa; así el anciano cardenal Billiet, que por su edad avanzada no podía salir de su diócesis, escribía en 9 de julio de 1869 á Monseñor Dupanloup: «Monseñor, pido á Dios el don de la sabiduría para los que tendrán la dicha de asistir al concilio. Algunos, con un celo exagerado, aconsejan que se defina la infalibilidad. ¿Qué sucederá? Que se mortificará al emperador, que éste retirará sus tropas de Roma, y que los italianos entrarán inmediatamente en la ciudad, de la que no saldrán tan pronto (1).»

Los ultramontanos del *Univers* no se desconcertaban ni con los razonamientos de sus adversarios ni con las dudas ansiosas de una parte del episcopado, sino que se fundaban en la creencia general, casi universal, para abogar por la definición dogmática, y decían: si la infalibilidad pontificia está escrita en la tradición, en las obras de los Santos Padres y en las enseñanzas constantes de la escuela eclesiástica, ¿qué peligro hay en proclamar lo que desde tiempo inmemorial ha sido por todos tenido por artículo de fe? La luz sólo ofusca á los que tienen interés en prolongar las tinieblas. A los argumentos teológicos se añadían las consideraciones sa-

(1) Véase Lagrange, *Vie de Mgr. Dupanloup*, tomo III, página 129.

cadadas de la historia: desde principios del siglo habíanse debilitado en Europa las doctrinas separatistas y descreditado en Francia las máximas galicanas, y era oportuno aprovechar esta reacción y robustecer hasta el punto de hacerlos indisolubles los lazos que unían á los fieles al supremo pastor. El estado de la sociedad, lejos de imponer la reserva, parecía un motivo para proceder sin contemplaciones; pues con semí verdades, tímidamente expuestas, lo único que se lograría sería aumentar la confusión moral en que el mundo se agitaba. Se hablaba de paz, de conciliación, de unión de almas, pero no había otra paz sólida que la que descansaba sobre la fe íntegra en Jesucristo.

Tales eran los argumentos de ambas escuelas. Por muchos que fueran los conocimientos, los talentos y las virtudes de los católicos liberales, vióse muy pronto que todas las probabilidades se inclinaban del lado de sus adversarios, quienes tenían en favor suyo el número y el apoyo no disimulado de Pío IX, y además estaban favorecidos de un modo manifiesto por dos tendencias de índole muy diversa.

La primera tenía su origen en la misma situación del Padre Santo. Durante los últimos años habíase desmembrado el poder temporal y este despojo había causado en los católicos dolor é indignación profundos y hecho nacer en ellos el vehemente deseo de indemnizar al pontífice de sus desgracias y de acercarse á él con más respetuosos transportes, como se acercan á un padre infortunado sus hijos piadosos. Si en estas circunstancias se presentaba una ocasión de engrandecer al pontífice en la misma medida en que la Revolución había destronado al rey, los pueblos se entregarían con una sumisión incondicional, ilimitada. Así las cosas, planteábase la cuestión de la infalibilidad, y lo que para los teólogos era el triunfo definitivo de una doctrina tradicional, sería para los fieles un homenaje de filial reparación.

Otra tendencia, especial de la Iglesia de Francia, había de secundar las doctrinas desarrolladas por la *Civiltà*. Desde principios del siglo, un rasgo particular caracterizaba nuestra jerarquía eclesiástica, á saber, el olvido en que se tenía al clero rural. El Concordato, al reorganizar el culto católico, parecía haber ignorado la existencia de e a infinidad de sacerdotes que diseminados hasta en las aldeas más humildes ejercían su ministerio parroquial; ni les había conferido categoría oficial alguna, ni les había asegurado ninguna garantía para su curato, y el desdeñoso calificativo de *ecónomo* había puntualizado la situación en que se quería mantenerles. Sostenidos en sus puestos ó alejados de sus residencias, según la voluntad de los obispos, é ignorados por el poder civil, que había juzgado impropio de su elevada condición descender hasta tan abajo, los pobres curas habían soportado penosamente su suerte precaria. Indudablemente la sabiduría episcopal había hecho que fuesen muy raros los actos caprichosos; esto no obstante, la arbitrariedad subsistía, aunque corregida por la prudencia de una administración paternal, y los párrocos rurales, en su sujeción silenciosa, habían alzado sus miradas hacia el pastor supremo, hacia aquel que tenía todo el prestigio de la distancia y que sólo esperanzas despertaba, agrandándose de este modo la imagen de una autoridad dulce, cariñosa, reparadora,